

Papeleras en punto de no retorno

ALEJO ÁLVEZ *

La crisis iniciada con la instalación de dos plantas de celulosa en territorio uruguayo ha llevado las relaciones entre Argentina y Uruguay a los niveles más bajos de la historia de ambos países.

El tema abrió un signo de interrogación sobre la convivencia futura entre dos pueblos tradicionalmente hermanados y podría, incluso, extenderse al Mercado Común del Sur (MERCOSUR) y poner en duda el desarrollo del proceso de integración compartido con Brasil y Paraguay.

Los gobiernos de Néstor Kirchner, de Argentina, y Tabaré Vázquez, de Uruguay, se han mostrado incapaces de orientar una solución por la vía del diálogo, lo que hizo que se llegara a un punto de no retorno que hará inevitable que la salida al diferendo sólo pueda alcanzarse a través de la justicia internacional.

A raíz de una presentación de Argentina ante la Corte Internacional de Justicia de La Haya, el tribunal de las Naciones Unidas oyó el 8 y 9 de junio los

argumentos de uno y otro, expresados en duros e inamistosos términos. Uruguay aún no ha logrado que Kirchner —como presidente *pro tempore* del MERCOSUR— convoque a la instancia jurídica comunitaria para analizar el problema pero, tarde o temprano, el litigio también deberá sustanciarse en ese ámbito.

Las diferencias habían asomado en el 2003, cuando Uruguay —entonces presidido por el líder colorado Jorge Batlle (2000-2005)— autorizó a la española ENCE y a la finlandesa Botnia a instalar sendas plantas productoras de celulosa. Las dos gigantes europeas ofrecieron una inversión de US\$ 1,8 millardos para producir 1,5 millones de toneladas de la pasta usada para fabricar papeles.

Las plantas se construyen en las proximidades de la ciudad de Fray Bentos (309 km al noroeste de Montevideo), sobre las costas del río Uruguay, frente a la localidad argentina Gualeguaychú, donde a principios de 2005 surgieron las voces de alerta.

Celulosa contaminante.

* Escritor.

“La producción de celulosa es contaminante y destruirá el ecosistema, con graves derivaciones para la población, la flora, la fauna y la riqueza ictícola”, dijo entonces la Asamblea Ambiental Ciudadana de Gualeguaychú (AAC).

Mientras el gobierno uruguayo optaba por la vía de los hechos consumados, promoviendo el avance de las obras, y el presidente Kirchner evitaba el tema, la AAC pasó a la vía de los hechos e impuso el cierre indefinido del paso a través de dos de los tres puentes que unen ambas márgenes del río Uruguay y son vitales para el comercio entre los países del MERCOSUR.

El bloqueo de los puentes impidió el ingreso de las decenas de miles de turistas argentinos que viajan a Uruguay entre diciembre y febrero, época de verano. Las comunicaciones entre los dos países estuvieron bloqueadas durante 71 días, 45 de ellos en plena temporada de turismo estival.

Sólo en Fray Bentos se estiman pérdidas por unos 50 millones de dólares. Los ministerios de Economía y de Turismo de Uruguay consideran que por el bloqueo de los puentes el país perdió no menos de 500 millones de dólares.

“Pasará al menos toda nuestra generación antes de que estos pueblos históricamente hermanos vuelvan a encontrarse unidos, porque el daño que nos han provocado es irreparable”, dijo Omar Lafluf, intendente (gobernador) de Río Negro, el departamento del cual Fray Bentos es capital.

Basta el mínimo diálogo con cualquier fraybentino para advertir que Lafluf no se equivoca. Lo llamativo, sin embargo, es el discurso exacerbadamente nacionalista y el lenguaje empleado, cargado de frases despectivas y palabras insultantes hacia los vecinos de la otra orilla. Una caminata por Gualeguaychú arroja idéntico resultado.

Y lo mismo ocurre si se visita Buenos Aires o Montevideo.

Ciudades interdependientes.

Estas ciudades costeras, como los países, han sido interdependientes desde siempre. Es común la conformación de familias mixtas, con vecinos de una y otra orilla. Las compras de alimentos o combustible se hacen de un lado o del otro del río, según convenga. Se oye la misma música y se comen las mismas comidas. Se comparten los ídolos artísticos o deportivos. Una y otra tierra han sido refugio donde encontrar trabajo en períodos de crisis o exilio solidario ante los frecuentes golpes de Estado del siglo pasado.

En Argentina, hay quienes se preguntan por qué el gobierno de Kichner, además de preocuparse legítimamente por la contaminación de las papeleras uruguayas, no actúa de forma decidida sobre las siete plantas de celulosa situadas sobre el río Paraná, que es el límite oeste de la provincia de Entre Ríos (la provincia, como su nombre lo dice, está entre dos ríos, el Paraná y el Uruguay). Esas plantas elaboran la pasta de celulosa con la tecnología más antigua y, por ello, más contaminante.

“Kirchner ni siquiera promete plazos concretos para evitar la contaminación de las celulosas”, dijo en mayo Martín Prieto, director ejecutivo de la organización ambientalista internacional Greenpeace en referencia a un discurso del mandatario en un acto en Gualeguaychú. “Además, es un discurso careciente de autocrítica en relación con lo que sucede con las actuales plantas de celulosa en la Argentina”.

En Uruguay, hay quienes ven detrás de este conflicto intereses que apuestan al enfrentamiento entre los dos países para, por esa vía, romper el MERCOSUR y llevar a Uruguay a la firma de un tratado de libre comercio con EEUU.

Lo cierto es que la crisis se ha extendido a toda la región y ha llevado al MERCOSUR al borde de la ruptura.